

Fué ciertamente lamentable y doloroso lo que después pasó con los prisioneros franceses. Continuamente insultados en los pueblos del tránsito, cuando eran conducidos de Andújar á los puertos donde debían embarcarse, las columnas que los escoltaban tenían que emplear la fuerza para salvarles la vida, y enfrenar á los paisanos que á bandadas afuian y pugnaban por vengarse de los aborrecidos expoliadores de Córdoba y de Jaen. Hubo desórdenes y desgracias en Lebrija y en el Puerto de Santa María; en el primer punto por haberse hallado casualmente en las mochilas de algunos prisioneros mas dinero del que á simples soldados y en tal situación correspondía tener; en el segundo, á causa de haberse caído á un oficial de su maleta una patena y la copa de un cáliz. Acabó de enfurecer al ya harto irritado paisanaje la vista de tales objetos, y acordóse hacer un reconocimiento general de equipajes; los mas fueron registrados, de muchos se apoderaba la muchedumbre, que no contenta con esto desahogaba su ira maltratando á los infelices prisioneros. Dignos siempre de reprobacion tales desmanes, y mas con gente vencida, algo los atenubaba, aunque disculparlos no puede nunca, el ser cometidos por la irreflexiva plebe, sobreexcitada además por el inícuo comportamiento de aquellos en dos principales ciudades de Andalucía.

Menos disculpa cabe, ó por mejor decir, ninguna hallamos para las autoridades españolas que bajo injustificables pretextos dejaron de cumplir la capitulación. Por uno de sus artículos todas las tropas francesas de Andalucía debían ser embarcadas en buques españoles y conducidas á Rochefort. El general Castaños bien quería que se cumpliera lo estipulado; pero el gobernador de Cádiz, Morla, fué de opuesto dictámen, primero so pretexto de no haber suficientes buques para el transporte, después sosteniendo abiertamente la inadmisibile y funestísima máxima de que no había obligacion de guardar fe ni humanidad con quienes habían invadido traidoramente el reino y habían cometido tales sacrilegios é iniquidades. Y como si tal doctrina no fuera destructora de todo derecho y repugnante á la razon, y como si un crimen pudiera justificar otro crimen, la junta de Sevilla tuvo la flaqueza de deferir á la opinion de Morla, y las tropas de Vedel como las de Dupont fueron encerradas en las fortalezas y en los pontones de la bahía de Cádiz, y por último, después de tenerlas en ruda y penosa cautividad, fueron entregadas como prisioneras á merced del gobierno inglés. Causanos honda pena que de este modo se empañara el brillo de la gloriosa jornada de Bailen!

Sobre la importancia y trascendencia de la memorable victoria de Bailen nada queremos decir nosotros, porque no se atribuya nuestro juicio á apasionamiento y á exceso de amor patrio. Contentámonos con trascribir lo que sobre ella dice un historiador francés: «No había en el imperio un general de division mas altamente reputado que Dupont. La opinion del ejército, de acuerdo con la estimacion del soberano, le llevaba al primer grado de la milicia; y cuando partió para Andalucía, nadie dudaba que iba á encontrar en Cádiz su baston de mariscal....» — Y mas adelante: «Cuando Napoleon supo el desastre de Bailen.... derramó lágrimas de sangre sobre sus águilas humilladas, sobre el honor de las armas francesas ultrajadas. Aquella virginidad de gloria que él juzgaba inseparable de la bandera tricolor se había perdido para siempre, había desaparecido el encanto, los invencibles habían sido vencidos, puestos bajo el yugo, ¿y por quién....? por los que en la política de Napoleon eran considerados y tratados como pelotones de proletarios insurrectos. Su golpe de vista exacto y rápido penetró en el porvenir. Por la capitulación de Andú-

Cuando después de la restauracion volvió al favor el general Dupont, obtuvo un decreto del rey revocando el imperial, y prescribiendo la destruccion de los tres ejemplares del proceso....» Sin embargo añade que el mismo Napoleon solía decir después: «Dupont ha sido mas desgraciado que culpable.»—Historia del Imperio, lib. XXXI.—Dice tambien el general Foy, que cuando Napoleon vino á España encontró en Valladolid al general Legendre, jefe de estado mayor de Dupont, y que al verle se apoderó de él una crispacion nerviosa, y le dijo: «General, ¿cómo no se os secó la mano cuando firmasteis la infame capitulación de Andújar?» —Pero Legendre no era el que la había firmado, aunque en su ajuste hubiera tenido parte.

jar, la Junta, que no era antes sino un comité de insurgentes, vino á hacerse un gobierno regular, un poder. España debió aparecer de repente altiva, noble, apasionada, poderosa, tal como había sido en sus tiempos heroicos. La imaginacion borraba de las páginas de la historia los recuerdos descoloridos de los últimos reyes austriacos y de los Borbones, y enlazaba y confundía los triunfos de Pavía y las palmas de Bailen. ¿Qué fuerzas y qué poderío iban á ser necesarios para domar una nacion que acababa de conocer lo que valia....! y qué efecto en las demás naciones! La Inglaterra deliró de gozo: la Europa oprimida se volvió hácia la España, y todos los pueblos fijaron sus miradas en el punto de donde saltaba de una manera tan imprevista un destello de luz que había de alumbrar al mundo (1).»

Estremecióse José Bonaparte en su recién ocupado solio, así como el general Savary, cuando supieron de cierto y de un modo oficial la completa derrota de su ejército de Andalucía y la capitulación de Bailen, que un vago rumor, al cual no acertaban á dar fe, había hecho antes llegar á sus oídos. Inmediatamente convocó un consejo de generales y de personas calificadas para ver qué partido habría de tomar. Discordaron en él los pareceres, pero adoptóse el de Savary, que fué abandonar la capital, retirarse al Ebro, y pedir refuerzos á Napoleon. ¡Tan negro se les representaba el semblante de las cosas! Tomaron al efecto sus disposiciones: hicieron replugar en aquella direccion á Bessieres y Monecy con las fuerzas de Castilla y de Valencia; clavaron la artillería del Retiro y casa de la China, en número de mas de ochenta piezas, é inutilizaron y arrojaron al agua las cajas de fusiles y municiones que no podían llevar; recogieron las alhajas de los palacios reales que les restaba arrebatar, y acordaron su salida para el 30 de julio, dejando á la libre voluntad de los españoles comprometidos por su causa el quedarse ó seguirlos. De los siete ministros del rey José, cinco se decidieron á acompañarle y seguir su suerte, á saber, Cabarrús, O'Farril, Mazarredo, Urquijo y Azanza; dos optaron por permanecer en Madrid, Peñuela y Cevallos. Imitaron el ejemplo de estos últimos los duques del Infantado y del Parque. A juicios diversos dió ocasion y lugar la conducta de unos y otros.

Dejemos á otro historiador francés hacer la descripción de esta retirada, que nos gusta oír la verdad de boca de quien no puede ser tachado de parcial, ni siquiera de afecto á España: «Ninguno (dice) de cuantos siguieron al rey José pudo lograr llevar consigo un criado español: los hombres de esta condicion quedáronse todos en Madrid: en palacio y en las caballerizas reales había empleados mas de dos mil individuos, y de miedo que se tratase de obligarlos á seguir la nueva monarquía desaparecieron de la noche á la mañana. El rey José, por lo tanto, apenas halló de quien servirse en su retirada.... Salió de la corte sin que se le dirigiese ningun apóstrofe insultante, porque su persona había logrado inspirar cierta especie de respeto. La poblacion vió partir á las tropas francesas con una alegría que era muy natural.... Desde esta retirada ya no quedaba en la Península ni siquiera una persona que fuese adicta al rey José; ni el pueblo, que jamás le había querido; ni la clase elevada, ni la clase media, las cuales, después de haber vacilado un momento por temor á la Francia y con la esperanza de las mejoras que podían espe-

(1) Foy, Historia de la Guerra de la Península, lib. VI.—Además de la imparcialidad que se observa en este juicio del historiador francés, es sin duda el general Foy uno de los escritores extranjeros que con menos apasionamiento han referido así los movimientos como los hechos principales y los incidentes que precedieron, acompañaron y siguieron á esta memorable batalla.—Thiers, ya que la notoriedad y la evidencia del resultado no consiente atenuar la importancia de nuestro triunfo, disminuye cuando puede las fuerzas francesas, aumenta con manifiesta inexactitud las españolas, y procura, para rebajar el mérito de la accion, atribuir poco á la inteligencia de los jefes y al valor de las tropas de España, mucho á la influencia del clima ardiente y del sol abrasador de julio sobre los soldados franceses. No negaremos que esto contribuyera á su abatimiento, pero tambien en nuestras filas había, además de los regimientos suizos, muchos soldados naturales de las provincias del Norte de España, que ciertamente no serian insensibles á los cuarenta grados de calor y á los rayos del sol que sobre sus cabezas caian á campo raso como sobre las de los franceses.

rarse de ella, ya no vacilaban, al ver que la Francia misma se declaraba vencida en el hecho de retirarse de Madrid. El ejército retrogradó lentamente por la carretera de Buitrago, Somosierra, Aranda y Burgos, y encontrando en el camino numerosas huellas de la crueldad de los españoles, no pudo contener su exasperacion y se vengó horriblemente en algunos puntos (1). El hambre, que contribuía poderosamente á exaltar su cólera, hizo que nuestras tropas causaran grandes destrozos en su tránsito, é iban señalándolo en tan terribles términos, que llegó á su colmo el encono de los españoles (2). Espantado José al considerar los sentimientos que necesariamente habían de provocar excesos semejantes, luchaba en vano por impedirlos, y solo consiguió herir la susceptibilidad de su mismo ejército, cuyos soldados decían que mas valía se interesara por ellos que le sostenían, que por los españoles que le rechazaban....

«El rey José y los que le rodeaban, desanimándose por momentos, no se creyeron seguros ni aun en Burgos.... y juzgaron oportuno dirigirse al Ebro, escogiendo á Miranda para cuartel general.... de manera que solo se contemplaron en seguridad cuando se vieron resguardados por el rio, y teniendo, además de los 25,000 hombres de Madrid, mas de 20,000 de Bessieres, los 17,000 de Verdier, y toda la reserva de Bayona (3).»

CAPITULO II

Primer sitio de Zaragoza.—Gerona.—Portugal. Conven-
cion de Cintra

1808

Zaragoza amenazada.—Salida de Palafox.—Resolucion del pueblo.—Ataca el enemigo por tres puntos: es rechazado.—Combate de las Eras. Endergicas y acertadas disposiciones de Calvo de Rozas.—Recibe Lefebvre refuerzos de Pamplona.—Intima la rendicion á la ciudad.—Digna respuesta que se le da.—Accion de Epila desfavorable á Palafox.—Se retira á Calatayud.—Solemne juramento cívico en Zaragoza.—Serenidad de Calvo de Rozas, y entereza del marqués de Lazan.—El general Verdier trae refuerzos á Lefebvre.—Toma el mando en jefe.—Bombardeo.—Ataque general.—Defensa heroica.—Proeza de Agustina Zaragoza.—Maravilloso efecto que produce.—Nuevos ataques.—Aparicion de Palafox.—Alegría y entusiasmo popular.—Circunvala Verdier la poblacion.—Puente de balsas en el Ebro.—Combates diarios.—Ruda y sangrienta pelea en las calles y casas.—Mortandad de franceses.—Levantam. el sitio y se retiran.—Son perseguidos hasta Navarra.—Cataluña.—Segunda expedicion de Duhesme contra Gerona.—Confianza y arrogancia del general francés.—Viene á Cataluña una division española de las Baleares.—El marqués del Palacio capitán general del Principado.—Atacan Duhesme y Reille la plaza de Gerona.—Baterías incendiarias.—No hacen efecto.—Alzan los franceses el sitio.—Desastroso regreso de Duhesme á Barcelona.—Portugal.—Auxilios que recibe de España.—Triunfo de los franceses en Evora.—Expedicion inglesa en favor de los portugueses.—Sir Arturo Wellesley.—Nuevos refuerzos ingleses.—Alarma de Junot.—Pónese á la cabeza del ejército francés.—Triunfo de Wellesley en Roliza.—Torres-Vedras.—Batalla de Vimeiro.—Victoria de sir Arturo Wellesley y derrota de Junot.—Armisticio propuesto por los franceses.—Convencion definitiva llamada de Cintra.—Es mal recibida de españoles y portugueses.—Profundo disgusto en Inglaterra.—Evacuan los franceses el Portugal.—Restablécese la regencia en aquel reino, y se disuelven las juntas populares.

Engreído y orgulloso el general Lefebvre Desnouettes con los fáciles triunfos de Tudela, Mallen y Alagon, sobre el paisanaje capitaneado por los dos hermanos marqués de Lazan y Palafox y Melci, acercóse el 14 de junio á Zaragoza, donde en el anterior capítulo le dejamos, con la confianza de no encontrar resistencia sería que impidiera su entrada en una ciudad desguarnecida de tropas, puesto que solo contaba dentro de su recinto sobre trescientos soldados, con unos pocos caño-

(1) Tales como el Molar, Buitrago, Pedrezuela, etc. La villa de Venturada fué completamente abrasada y destruida.

(2) Ni el hambre, ni acaso tal cual exceso que los españoles hubieran podido cometer, y menos en aquella carretera que siempre habían tenido dominada los franceses, pueden justificar los destrozos horribles que señalaron esta retirada del rey José.

(3) Thiers, Historia del Imperio, libro XXXI.

nes sin artilleros que los manejaran, y á la cual circundaba en vez de muro una pared de diez á doce piés de alto, parte de tapia y parte de mampostería. No calculaba el francés, ¿y cómo podría imaginarlo? que aquellos nobles, valerosos y altivos moradores, habían de hacer de sus acerados pechos, en que hervía el fuego de la independencia y del amor patrio, otros tantos muros en que se estrellara toda la fuerza, todo el poder del vencedor de Europa, y que habían de hacer revivir los tiempos heroicos con tales hazañas que parecerían fabulosas.

Desconcertados y confusos anduvieron los zaragozanos la noche del 14 y mañana del 15 de junio, viéndose tan de cerca amenazados por las tropas de Lefebvre. Faltóles tambien aquel día lo que mas hubiera podido animarlos, que era la presencia de su amado caudillo Palafox, el cual con las pocas tropas que tenía y algunos paisanos, llevando además consigo al capitán de artillería don Ignacio Lopez, el único que había que supiera manejar aquella arma, salió de Zaragoza hácia Longares y puerto del Frasco, camino de Calatayud; movimiento acertado para sus fines, pero que dejaba desamparada la ciudad, á cuyas puertas se presentó ufano el francés á las nueve de la mañana con su division vencedora. Deliberaban el ayuntamiento y autoridades sobre el partido que convendría y se podría tomar, cuando penetró de improviso en el salon un grupo de paisanos armados de trabucos, diciendo que despejaran la pieza porque iban á ocupar los balcones para hacer fuego al enemigo. Otros habían salido ya á querer disputar la entrada á la avanzada francesa: rechazóles esta fácilmente, mas como algunos jinetes penetraran en pos de ellos en la poblacion, viéronse de tal modo acosados por hombres, mujeres y niños, junto con algunos miñones y voluntarios al mando del coronel Torres, que casi todos fueron destrozados junto á la puerta llamada del Portillo. Pequeño principio de combate, que comprometió á una defensa ruda y obstinada.

Todos los habitantes, sin distincion de clase, sexo ni edad, comenzaron á moverse; los mas robustos trasladaban á brazo los cañones á los puntos por donde calculaban que los enemigos intentarían penetrar, y bien que careciesen de oficiales inteligentes, no por eso dejaron de hacer terribles descargas. Era de ver cómo al toque de rebato acudia á la lid toda la poblacion. El francés determinó atacarla con tres columnas por tres diferentes puntos, á saber, por las puertas del Portillo, Cármen y Santa Engracia. No advirtió la primera de ellas que por la derecha podía ser flanqueada por los fuegos del castillo de la Aljafería, y así fué que se vió ametrallada por los que guarnecían aquel fuerte, capitaneados por el oficial retirado don Mariano Cerezo. No fué mas afortunada la que embistió la puerta del Cármen, puesto que hubo de retroceder tambien acerbillada por la fusilería de los que tiraban guarecidos de las tapias, edificios y olivares. En mal hora penetró por la de Santa Engracia un trozo de caballería francesa, pues al intentar apoderarse de un cuartel inmediato, la mayor parte pagó con la vida su atrevimiento. Hasta tres veces fué disputada la posesion de este cuartel, y otras tantas fueron rechazados los franceses después de sangrientos combates en patios, cuadras y corredores. Y entre tanto peleábase tambien con furor en un campo llamado *de las Eras*, con cuyo nombre designaron algunos la batalla de aquel día, á la cual solo puso término la noche, retirándose al amparo de ella los franceses, después de dejar en el campo quinientos cadáveres, con seis cañones y otras tantas banderas. Lo notable de este triunfo no fué solo el valor de los hombres que peleaban, ni el arrojó de las mujeres que á porfía y en medio del fuego y de los peligros corrían á alentar á sus hijos y esposos, y á llevarles víveres, refrescos y municiones, sino que se hubiera logrado sin caudillo que los dirigiera y sin jefe que los guiara, sino mandando todos y todos obediendo á aquel que por el momento conseguía ejercer sobre los otros mas ascendiente (4).

(4) Hubo sin embargo algunos militares que parcialmente mandaban en ciertos sitios, como el capitán Cerezo, el coronel don Mariano Renovales, los tenientes Tornos, Viana y otros; como tambien labradores que capitaneaban los paisanos de su parroquia, como don José Zamora. En-

